

Rosamel del Valle

Tower funeral home



HAN puesto a los muertos

Entre los tulipanes.

Han danzado al compás del rayo

Y abierto las puertas.

Ven conmigo.

Las sábanas arden

En el lecho.

¿Podrías contar los días

Por donde se florece

Hacia el reino?

Debes hablar al viejo tocador de laúd,

A quien lleva la copa del tiempo.

En ella duerme el corazón

Que un día la muerte plantó en un jardín.

En ella canta el secreto de quien conoció

Al viejo adivino.

¿No ves en mí al labrador

Que imita a la luz con su hacha?
Alguna vez, tú lo sabes,
Creció en mí lo que en mí era
La bella nostalgia.

Puedes abrir la frente al borde del altar de tulipanes.
Los muertos pasan tomados de la mano.
Un collar de anémonas negras les cierra la boca.
Y se abre para ellos el reino.
El reino que no es el molino ni los meteoros
Que nadan hacia la noche de tus labios.
Yo quiero esos tulipanes que brillan
En el pecho de los muertos.

Y no sólo he olvidado. Tú lo sabes.
Dejo de amar la estrella, tú lo ves.
La estrella que he visto en lo alto del Empire State.
La estrella que hallé en el jardín sumergido del túnel
[Holanda.

O entre las orillas del Central Park.
Yo la he dejado ir por la Quinta Avenida
El día de San Patricio.
Y en el subway de Times Square
La he dejado irse a Brooklyn.
¿Recuerdas? Sí, yo hallé mi estrella
En un jardín.

Es verdad, es posible.
Se canta para los muertos.
Se canta para partir.
Y tú nunca temías partir.

Y yo nunca temía soñar.
Y si quiero vivir y morir
No termino jamás.
Se canta a toda hora
En el reino.

Pero yo soy el funeral. Yo he olvidado
Todo por algún tiempo.
He olvidado la tercera cuerda del laúd.
He olvidado el canto que salía de noche
Hacia tu corazón muerto.
He olvidado el color de la palabra iris.
La que suelo hallar cuando duermes.
Pero las horas me ciñen con trenzas, ya lo sabes.
Y los muertos saben que regresan
Hacia un reloj.
Ahí donde eres la luna que perdieron
Los magos.

Mi reino no es de este cielo.
Y en Harlem cantaban: «Oh, Señor,
No estamos bastante hundidos. Que venga,
Pues, la tempestad. ¿No sería bueno
Una tempestad para nuestros muertos?»
Y yo te sentí en esa fe, en esas
Llamas tan ansiadas. Yo te veía
Descender con un abismo en una mano
Y un tulipán en la otra.
Y tu boca era la boca
Del infierno que nadie quiere.

Pero yo quiero. Sí, yo quiero ese fuego.

Yo quiero esa noche de fuego para oír.

Yo quiero ese arco de calor

Para pasar.

Yo quiero esa luz semejante

Al mar.

Yo quiero ese abismo abierto

Para gozar.

Yo quiero esa boca terrible

Para amar.

Y ellos están entre los tulipanes.

Oh, he ahí que la verdad florece en el reino.

La verdad que es una piedra en la lengua del ahorcado.

El pozo seco en la boca del sabio.

La corona con que entra la noche en la tierra.

El sabor a la hora del lecho,

Hartos ya del cordero y del buey.

En el pesebre donde nacen los sueños

Con la estrella de siempre.

Tú la llevas. Dadme esa corona.

¿Qué importa que nadie la vea?

Crece en tu jardín, Narciso. Crecía

En el huerto de que habla el hombre despavorido.

Y mientras los muertos viajan entre los tulipanes,

Crece en el Rockefeller Center.

En el Planetarium. Crecía

En la Tower Funeral Home, en Harlem.

Crece en Wall Street, en Park Avenue,
En el mágico Greewich Village.
Crecía, sí, crecía una mañana
En el cementerio solo de Lynbrook.
Oh, aquellas piedras grises del cementerio de Lynbrook,
Por donde yo pasaba dos veces bajo un sol.
Allí los muertos no tienen tulipanes
Y han cruzado las puertas sin Angeles.
No, no tienen tulipanes, muerte de Lynbrook.
Muerte que vió pasar a Walt Whitman
Con la barba al viento.
Muerte que había venido de Baltimore
En las manos amarillas de Eleanora.
Crece y crecía. Nadie la ve. Y ha estado conmigo,
Allí donde un día quise morir por algún tiempo.

Oh, joven americano.
Nadie la ve porque el otoño la cubre.
Pero yo la veo. Sale de mí. La llevo
Como una campana que hubieras puesto
En el Empire State.
Un extranjero la lleva. Yo la llevo. No es tu reino.
No, no es tu reino. Ni quieres una estrella
En lo alto del Empire.
Yo quiero una estrella y una campana
En lo alto de la muerte.

Tú lo sabes. Tu isla es mi isla. En ella
Brilla ahora el césped de mi sueño. Yo he visto
Los árboles rojos y azules en New Hyde Park.

La hierba de oro junto al mar de Oceanside.
 La bahía de pescadores de Island Park y el Puente
 [Narrow.
 Las luces de color de los bosques de Hempstead.
 La Tower Funeral Home de Rockeville Center.
 No lejos de la estrella de los magos que arde en Lake
 [Success.

Oh, joven americano.

Joven perdido en el mundo recién creado.

En el primer día terrestre.

¿No oyes la mano de Walt Whitman en cada cosa?

¿No conversas con Lincoln cada domingo allí,

Sentado y tan grande en la soledad de su M e m o -
 [r i a l ?

Y, como siempre, una cúpula de mármol.

Yo he visto, para recordar,

A Lafayette junto a W á s h i n g t o n , en Baltimore,

Cuando fuí en busca de Edgar Poe.

El poeta duerme allí bajo la hierba enferma.

Yo he visto un clavicordio y un arpa

En la Historical Society de Maryland.

Para recordar lo que no era mío.

Y tú recuerdas. Caminas,

Caminas y tu estrella tiene siete días.

Y yo regreso. ¡Qué bello es regresar!

Y ver. Y volver a ver. Y tal vez tu cielo
 [esté cerrado todavía

Y verás. Sí verás. Es posible.

Después del séptimo día.

Como yo vi mi muerte junto a las piedras grises
Del cementerio de Lynbrook.

Los muertos tejen sus tulipanes.

Hay que recordar a los muertos.

Y no a la manera del olvido.

Recordar y olvidar. No. Yo lo digo.

Tú lo sabes, joven sonámbula de Long Island.

Tú has oído mis conversaciones con el cuarto del
[cochero

En la casa del General Lee.

El diálogo con la Biblia de Gutenberg

En la Smithsonian Fundation.

Tú me has oído cantar en los prados del Zoo,

Entre las pálidas ardillas.

Allí donde el hipopótamo

Es la soledad de antes del mundo.

Y la tortuga marina la luna con alas del mar.

Y la jirafa la joven recién nacida.

Y el pez ciego, la poesía.

Tú me has visto alabar esa noche magnífica que
[nadie ve.

Tú me has visto en Hyde Park

Junto a la tumba de Roosevelt.

Junto a la tumba del mundo, por cierto.

Tú me has visto soñar junto a los cerezos

De los bosques de Wáshington.
 Y llorar en vano en el cementerio
 De los jóvenes muertos en la guerra.

No quiero herir. Yo que nunca canté,
 Quiero cantar.

Yo he olvidado todo, para recordar todo.

Pero las lunas de mi tierra
 A menudo han brillado para los muertos.

Manos que he visto aquí

Apagaron esas lámparas.

Bocas que he visto sonreír aquí

Cortaron esas cabelleras.

Y yo sé

Cuantos ojos tiene la Gorgona,

Cuantos rayos hablan por la boca del Angel

Que cuentan los muertos.

Y el ahorcado ha alcanzado a decir:

«La noche entra por el cuello».

Y el Adivino: «Brazos de oro

Sujetan la luna en el sur. Hay que
 [temer

A la muerte extranjera». Y los muertos,

Los muertos que duermen entre tulipanes

Son los que yo recuerdo. Ellos caminan.

Yo retorno a mi umbral.

Joven negra de Harlem, déjame cantar.

«Tú eres el color de la melancolía».

Pero te impiden entrar al jardín

Y cortan tus nardos.

¿Hay un perfume negro para el olfato blanco?

¿Quién puso en ellos la estrella?

¿Quién les dió la espada para impedir?

No, joven negra de Harlem.

Yo he visto el Cristo Negro, de Aronson.

Y he visto tu corazón blanco.

Escala de Jacob

A las puertas de tu propio jardín,

Allí donde no entras.

Yo te oído cantar el Jericó de Bloch,

Rodeada de lágrimas.

Y yo sé como era la serpiente en la mano de Aaron.

Y si yo soy la muerte debiera ser la libertad.

Pero yo me he quedado a viva fuerza

En el Huerto de los Olivos.

Y soy la palabra libertad.

El mundo blanco y negro de la libertad.

El amor en libertad.

La muerte en libertad.

Y tu jardín te espera en mi reino.

Yo hablo a todos los muertos.

Y soy el hijo de Tiresias

En Nueva York.